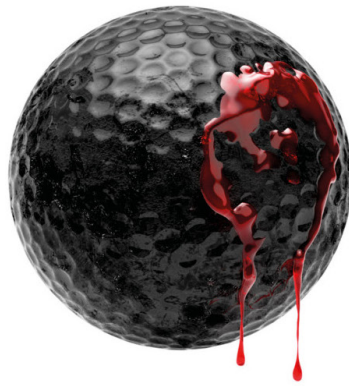




Guía de lectura

NEGRA
ALFAGUARA

Susana
Martín Gijón
Planeta



Narrativa Hispánica

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

La aparición en un campo de golf del cadáver desangrado de una mujer pone en jaque al Grupo de Homicidios de Sevilla: a la víctima le han cercenado los pies. Camino Vargas tendrá que involucrarse en esta investigación cuando aún no ha superado el caso del Animalista en el que murió la policía Evita Gallego. Debido a este imprevisto tendrá que cancelar las vacaciones con Paco Arenas, su antiguo mentor y amor secreto con quien por fin convive.

Las primeras pesquisas nos llevarán por la ciudad de Sevilla, desde la administración autonómica —donde la víctima trabajaba como ingeniera— hasta alguno de los tablaos de flamenco más prestigiosos. Por si fuera poco, la ciudad se encuentra en alerta máxima por lluvias torrenciales y es declarada «zona afectada gravemente»: el suministro eléctrico se interrumpe, los coches navegan a sus anchas, se desalojan barrios enteros

y comienzan a llegar denuncias de desapariciones. Cuando se sospecha que uno de los desaparecidos es el primogénito de una de las familias más poderosas de Sevilla, el caos se apodera de la población.

Paralelamente, la subinspectora Barbara Volpe sigue convencida de que el caso del Animalista no está cerrado e investiga la muerte de dos trabajadores de una granja de visones en Italia, cuyo asesino les aplicó el mismo método que se usa con estos mamíferos: gasificarlos y despellejarlos. Su teoría cobra fuerza tras la noticia de que un cuidador del acuario de Génova ha sido devorado por los tiburones y, entre sus antecedentes, da con una condena por pesca furtiva en el lago de Garda. Cuando se pone en contacto con Camino para demostrarle que el Animalista sigue en activo, la inspectora sevillana se cierra en banda; se niega a pensar que la muerte de Evita fuera en balde.

Todo da un giro de ciento ochenta grados cuando aparecen los pies de la mujer del campo de golf enterrados en un macetero; además, los resultados de la autopsia revelan altas concentraciones de manganeso que solo pueden proceder de savia de árbol. Esos datos evidencian que el asesino ha replicado la tala del Soberano, un castaño milenario ubicado donde se construyó el campo de golf. La suma de todos estos acontecimientos —junto con los vertidos tóxicos de la granja de visones y el desequilibrio causado por los pescadores en el ecosistema del lago de Garda— hará que a Camino no le quede más remedio

que afrontar la realidad: la organización criminal está más fuerte que nunca. Todo indica que no solo no la desarticularon, sino que ha ampliado su campo de acción. Ya no se limita al mundo animal, sus pretensiones van mucho más allá: hacer ver a la sociedad el daño que infligimos al planeta.

Camino está segura de haber visto morir al Animalista..., ¿entonces quién más está detrás de esta trama? Pronto toda la brigada del Grupo de Homicidios se verá implicada en una carrera contrarreloj para rescatar a millones de personas de un peligro mucho mayor del que nadie se había percatado antes.

LOS PROTAGONISTAS DE *PLANETA*

CAMINO VARGAS

Camino Vargas es inspectora del Grupo de Homicidios de la policía de Sevilla y, desde la baja médica de Paco Arenas, su antiguo jefe, mentor y gran amor, asume de mala gana el cargo de jefa de la misma sección. Tiene cuarenta y cuatro años, es rubia y malhablada, con curvas explosivas y caderas flexibles; también una apasionada de los bailes de salón y una adicta al ajedrez online. Acostumbrada a compartir piso con sus hormigas domésticas, la convivencia con Paco la pone a prueba por primera vez. Aun así, las secuelas físicas de Paco tras el caso del Animalista le han dejado muy afectado y Camino tampoco gestiona del todo bien las consecuencias psicológicas de todo aquello. ¿Conseguirán los dos equilibrar su relación sin que los traumas les superen y afecten a su amor? Paralelamente, otro peligro sobrevuela la ciudad: unos misteriosos asesinos amenazan con empeorar su precaria situación medioambiental.

SUBINSPECTOR FITO ALCALÁ

Fito Alcalá es originario del barrio de Torreblanca, uno de los enclaves más pobres de España y gran mercado de los narcopisos de Sevilla. Siempre ha sido difícil compaginar su faceta de policía con sus orígenes: todo el barrio le considera un traidor por el trabajo que ha escogido. Su hermano está en la cárcel por tráfico de drogas y su madre vive en una casa del barrio con pocos recursos. Cuando, tras unas lluvias incesantes y violentas el río Tamarguillo, se sale del cauce y provoca la muerte de decenas de personas, Fito descubre que su madre es una de ellas. El día antes de fallecer, la mujer le pidió que visitara a su hermano Josele —exadicto a la heroína, con sida y con poca esperanza de vida— y, durante su encuentro, le habla a Fito de un dinero para asegurar una vida mejor para su madre. Sin embargo, Fito se niega a entrar en los trapos sucios de su hermano. Cuando ambos asisten al funeral, Fito nota algo raro en Josele y lo ve hablando nerviosamente con Paco Arenas, antiguo jefe de Homicidios de Sevilla.

LA SUSI

Susana —a quien también llaman la Susi— es la novia del subinspector Fito Alcalá. Peluquera de profesión, en el barrio es conocida como «la hija del enterraor»: su padre es sepulturero en Torreblanca y, además, el encargado de ocultar pruebas de los trapicheos del barrio. Cuando Susi se ve envuelta en un misterioso robo de dinero y en la sospechosa quema del piso donde vive junto a Fito, no tarda en llamar a su padre, que sabe cómo encargarse de ciertos asuntos del barrio mucho mejor que la policía.

EXTRACTOS

«Pascual y Camino se dirigen hacia el lugar de los hechos.

A la altura de La Algaba, Camino hace un gesto al oficial para que salga de la autovía de la Plata. Unos kilómetros más adelante, a su derecha aparece una llanura de un verde reluciente. La inspectora no ha parado de hablar por teléfono en todo el trayecto, de modo que Pascual no ha podido sonsacarle nada.

—Tienes que desviarte en la próxima salida —le avisa al tiempo que cuelga. Luego recoge el calcetín escurrido del salpicadero—. Mierda, sigue mojado. Desde mañana voy a ir equipada como si viviera en Londres.

—¿La salida del campo de golf? No me habrás traído hasta aquí para hacer un buen swing.

Ella no le ríe la gracia.

—Está ahí, Molina.

—¿La muerta? ¿Dentro?

—Junto al hoyo catorce.

Pascual deja escapar un silbido y no vuelve a abrir la boca hasta penetrar en el interior del recinto.»

«—¿Es posible que siempre nos toque el mismo juez?

—Yo creo que los veteranos le encasquetan las guardias. No hay otra explicación —dice Pascual.

San Millán lleva poco tiempo como magistrado en la capital, pero ya ha coincidido en varios casos con Camino, y nunca han llegado a entenderse. Un juez bisoño y conciencioso frente a una inspectora con una querencia por los atajos más elevada de lo deseable.

—Inspectora.

—Magistrado.

Ahí acaba todo el saludo.

—¿El cuerpo?

—Yo ya lo he visto. Cuando acaben, me avisan y realizo la diligencia de levantamiento.

El juez se mete en su coche a resguardarse de la tormenta. No soporta la idea de permanecer ahí un minuto más. Es que no se acostumbra, no digiere el avistamiento de cadáveres: es ver uno y hacerse bola en el estómago durante días. Pero eso Camino no lo sabe, y San Mi-

llán lo prefiere así, porque sospecha que le estaría ridiculizando hasta el fin de los días.

—Vaya huevos —farfulla ella. Después, escruta a su alrededor—. ¿Y ahora cómo sabemos por dónde queda ese maldito hoyo?

Un policía local que está refugiado bajo el tejadillo de una caseta se les acerca y ejecuta un envarado saludo marcial que a Camino se le antoja un poco bufo.

—Agente Siruela —se presenta—. Yo les llevo.

—Descanse, por Dios. ¿Nos pone al día?

—A la orden, inspectora. El cadáver lo halló el greenkeeper...

—¿Quién?

—El responsable del mantenimiento del campo.

—El jardinero, vamos.

—Eso he dicho yo y casi me da con el palo de golf en la cabeza. Resulta que estudió un máster y todo.

—Telita con las sensibilidades profesionales. ¿Ha llegado la forense?

—Todavía no. Tampoco el letrado, solo el juez. Se ha puesto amarillo, el pobre, y la verdad es que no es para menos, porque...

—Muy bien —Camino le corta sin delicadeza—. ¿Nos lleva al hoyo del crimen?

Los tres caminan por el terreno encharcado. Con ese tiempo, a ningún loco se le ocurriría tratar de meter la pelotita en el agujero. Luchan contra las ráfagas de lluvia y contra un viento que los vapulea sin contemplaciones. Entre eso y los nubarrones que impiden cualquier intento del sol por colar algún rayo, ape-

nas se enteran de lo que hay a su alrededor. Tras unos minutos, avistan la bandera roja que anuncia el green del hoyo catorce.

La inspectora se coloca la mano derecha a modo de visera y escudriña a uno y otro lado, hasta que el agente señala en dirección a un búnker. El foso de arena, concebido para obstaculizar el juego, sirve en este caso para que el cadáver no se divise a simple vista. Ella acelera el paso hasta llegar a la altura del búnker y descendiendo cuesta abajo. Allí está la víctima, medio enterrada en la arena. Se toma un instante para realizar un par de inspiraciones y pone en palabras lo que sus ojos querrían no haber visto jamás:

—Le faltan los pies. Se los han cortado.

[...]

—Por fin.

La mujer que recibe a Fito tiene una expresión implacable. No hace amago de acercarse a darle un abrazo, ni siquiera un beso. Él tampoco lo espera. Su madre siempre fue así, no hubo jamás un gesto afectuoso entre aquellas cuatro paredes. La supervivencia era lo único que contaba para sacar adelante a tres hijos, y ahí no había espacio para carantoñas ni besuqueos. A Josefa, en el bombo de la lotería le tocó una bola de las que giran eternamente, sin deslizarse nunca por la trompeta. Las vidas regaladas las conoce solo de oídas, a través de los programas del corazón que le fascinan y al mismo tiempo detesta por todo lo que implican de privilegios injustos, de recochineo de algo con lo que no se atreve ni a soñar. Su vida no ha sido más que un panorama sombrío de subsistencia, una conde-

na que sobrellevar a diario, con ingenio y esfuerzo, nunca con desaliento, pero tampoco con una pizca de alegría.

Es la misma mujer que rigió la infancia del subinspector Alcalá. Moño tan apretado que duele mirarlo y labios fruncidos en una mueca austera. Y es que en este barrio hasta en las expresiones se ahorra. En lo único que no ha ahorrado Josefa es en las arrugas, que se le han despilfarrado por el rostro, ni en el puñado de cabellos canos que han sustituido los negros de antaño. Va ataviada con la misma bata oscura de siempre y unas botas katiuskas que le bailan en los pies.

—¿Cómo está, madre?

—Cómo quieres que esté. Mira la que se ha liado.

—Bueno, a eso he venido.

—Pues venga. Al zafarrancho.

Con el pragmatismo de siempre, Josefa le señala los cubos y Fito se arremanga y se entrega a la tarea mientras ella va rescatando lo que puede. Ambos trabajan sin descanso durante un par de horas, cruzando las palabras necesarias.

Hay un momento en que la mujer no aguanta el dolor de espalda y se sienta en el sillón desvencijado, echado del todo a perder por el agua que lo ha bañado casi hasta la altura del cojín. Fito la ve por el rabillo del ojo y sigue trabajando como si no se diera cuenta de que su madre no puede con el alma. Siente cómo ella le observa mientras se reajusta la bata para no quedarse fría.

—¿Qué se cuenta la Susi?

Él tarda unos segundos en contestar. A su madre nunca le gustó la novia que se echó apenas cumplidos los veinte. Tenía tres años más que él y para Josefa era

una desvergonzada que iba por el barrio creyéndose la reina del mambo.

—Ahí va, tirando con la peluquería.

—¿Todavía no se ha cansado?

—No sea mala, madre. Curra mucho para mantenerla a flote. Ya tiene sus clientas fijas.

—Pues que le duren. Eso es lo mejor que puede hacer una como ella, estar ocupada.

Fito se muerde la lengua y sigue a lo suyo, pero sabe que cuando Josefa empieza ya no para.

—Aunque también os podíais ocupar un poco de otras cosas. Mira la Jennifer, ya está embarazada del segundo. Si te hubieras casado con ella, al menos sería abuela, tendría algo con lo que entretenerme. —Observa a su hijo, ve que no hay reacción, sigue—. O no. Porque a la mayoría de las abuelas de este barrio se los colocan todos los días, a que los lleven, los traigan, les cambien el pañal. Para eso, mejor me quedo como estoy.

—Eso creo yo, madre.

—Ya me vale a mí, haber tenido tres hijos y que ninguno me haya dado nietos. Por cierto, ¿has ido a ver a tu hermano?

Ahí está. La pregunta del millón. Una pregunta que no es tal, porque su madre conoce perfectamente la respuesta. Como él no dice nada, ella continúa.

—Tendrías que ayudarle.

—No.

—Es tu hermano, Fito.

—Es un traficante que está donde se merece —su voz corta como el filo de una navaja.

—¿Cómo te atreves a hablar así de Josele? Ha tenido mala suerte en la vida.

No todos son como tú.

—¿Mala suerte cuatro veces? No, madre. Yo no tengo una flor en el culo. Si estoy donde estoy es porque me lo he curado. Y si Josele está donde está es porque él eligió el camino fácil. Y le trincaron. Cuatro veces.

—Al menos ve a hacerle una visita.

—No.

—Él cuidó de ti cuando eras un mocoso.

—Me llevaba con sus colegas porque tú le obligabas. Y prefiero no contarte lo que aprendí de esos malajes.

Se hace un silencio tenso. La madre está calibrando algo. ¿Lo dice o no lo dice? A hacer puñetas, piensa mientras lo suelta de una vez:

—Tu hermano tiene sida.

Fito se para en seco y se gira hacia su madre. Quiere asegurarse de que no es una de sus manipulaciones para salirse con la suya. Pero ni siquiera ella sería capaz de algo así.

—¿Josele? ¿Desde cuándo?

—Quién sabe. Lo pillaría hace años, con esas jeringas que se pasaban de unos a otros. Estaba muy flaco, tenía fiebres y diarreas cada dos por tres... Con la de veces que lo he visto en gente del barrio y no se me ocurrió pensar que era lo que tenía mi hijo.

Fito piensa en la última vez que vio a su hermano. Estaba en los huesos, pero lo atribuyó a la mala vida.

—Tuvo una neumonía grave en la cárcel y se lo sacaron. Dijeron que su sistema inmunitario estaba deprimido por el virus. Desde que se enteró no levanta cabeza, lo único que hace es repetir que se morirá en esa celda asquerosa.

Él asiente con gravedad. Tiene sentido. Todo tiene sentido. Josele no habría podido tener algo simple, curable, porque a lo largo de su vida se quedó siempre con la peor de las opciones.

—Pero ya hay tratamientos que lo retrasan...

—¿Tú sabes lo caros que son los retrovirales? ¿De verdad crees que le atienden como es debido, que el gobierno va a dejarse el parné en alargar la vida de un muerto de hambre? Mi hijo está entre rejas porque en este barrio desgraciado no hay otra forma de salir adelante más que trapichear. Y nadie hará nada por él.

Fito calla. Le gustaría que su madre admitiera que sí hay otras formas de salir adelante. Nunca ha entendido por qué no está orgullosa de sus logros, por qué parece que se los recrimina en lugar de ponerle como ejemplo ante sus familiares, sus vecinos, ante el resto del barrio; por qué no recuerda una sola vez en que le haya mirado, si no con orgullo, al menos con afecto. Pero siente que ahora no toca. A su madre se le han saltado las lágrimas por segunda vez hoy. Y él se da cuenta de que lo que le hacía llorar no tenía nada que ver con sus muebles echados a perder.

Piensa en Josele. Rememora esa última vez que le vio, esa que había tratado de sepultar en el fondo de su cerebro. Fue tras cumplir tres años de condena por tráfico de estupefacientes. No llevaba mucha cantidad, pero era la segunda vez que reincidía. Le recogió a las puertas de prisión, se dieron un abrazo gélido, casi hostil, hablaron de temas superficiales en el camino de vuelta. Después Josele propuso celebrar su salida los dos

juntos, antes de que Fito le dejara en casa de la madre. Fito no quería. Quería irse al gimnasio a hacer su sesión de pesas, y luego a casa con su novia, y dormir, y volver al trabajo que tanto le había costado ganarse y olvidar que tenía un hermano yonqui y reincidente que le ponía en aprietos cada vez que se arrimaba a él. Pero pensó en lo que le esperaba a Josele tras treinta y seis meses en la trena: regresar a la casa familiar con una madre inflexible a la hora de imponer sus normas, de recordarle los errores que había cometido con cada mirada acusadora, una casa en la que no encontraría un solo rastro de alegría olvidada en algún cajón. Otra condena. Tanto o más triste que aquella de la que le acababan de liberar. Y se avino. Fueron al bar del Miguel, pidieron alitas de pollo y un cubo de botellines de Cruzcampo, como en las grandes celebraciones de su juventud. Tras un par de cervezas, recordaron algunos momentos de la infancia edulcorados por el paso del tiempo. Rieron con las trastadas de Fito, con las perrerías que le hacía Josele para que espabilara. Cuando los dos iban ya finos, Fito le hizo prometer que no volvería a las drogas. Josele le miró a los ojos, le dijo que estaba limpio desde hacía tiempo y que iba a hacerse un hombre de bien. Y se dieron un abrazo, muy distinto al de horas antes. Un abrazo que contenía todo el cariño que, pese a los roces, la distancia impuesta y las decepciones mutuas, se había mantenido aletargado esperando el momento para poder mostrarse. Un abrazo de hermanos, en definitiva.

Tres semanas después, los compañeros de la UDYCO pillaron a Josele en

una redada. Estaba pasando cocaína a unos chavales de quince años. Fito no volvió a dirigirle la palabra. Decidió que la relación con su hermano se limitaría a una mera cognominia. Para él, Josele estaba muerto.

Mira los ojos acuosos de su madre y nota el paso de los años. De repente la ve empequeñecida, una anciana frágil, machacada por la adversidad. Con un hijo en el talego, una hija que se fue lejos para nunca más volver, otro que reniega de su familia y solo va a verla cuando las circunstancias y sus principios de hombre decente no le dejan más remedio. Son los muebles de la propia vida los que Josefa no ha logrado salvar de la tormenta. Fito siente un nudo en la garganta y traga saliva antes de hablar:

—Iré a verle, madre.

Los surcos en la cara de Josefa se multiplican con la primera sonrisa que esboza en mucho tiempo. Pero es una sonrisa amarga, con un fondo tan colmado de tristeza que descorazona a su hijo. Casi la prefiere seria.

[...]

Se espabila al oír el barullo.

No sabe qué tienen los boquerones que siempre le dan sueño. Se ha quedado traspuesta en el sillón, pero ahora escucha atentamente. Está acostumbrada a las reyertas de su barrio, aunque algo le dice que esto es distinto. Amortiguados por el crepitar incesante de la lluvia, los gritos de los vecinos suenan desesperados. Un desasosiego comienza a crecer en su interior. Se pone en pie, se ajusta el cordón de la bata y va hacia la ventana de la cocina, la que queda a unos palmos de la de Manoli, dispuesta

a preguntarle por el motivo de tanto jaleo. No llega a hacerlo. Sus ojos se abren desorbitados al ver una avalancha de agua que avanza por la calle arrasándolo todo, como si el mar hubiera llegado de golpe hasta el pie de su casa. Vehículos y contenedores flotan arrojados por la corriente. Se precipita hacia la puerta, pero no consigue abrirla. El agua presiona hacia el otro lado. Su casa no tiene terraza o azotea ni ningún otro sitio por el que trepar hasta el tejado. O espabila o se quedará atrapada. Forcejea como solo hacen los que ponen la vida en ello y consigue que la puerta ceda. El alivio le dura una décima de segundo, porque una ola de fango la empuja hacia atrás penetrando con violencia en el interior. Trata de salir a flote. Bracea torpemente, preguntándose por qué nunca aprendió a nadar.

Si la muerte le cayera a una encima con la reproducción a cámara lenta de las películas, a Josefa le hubiera dado tiempo a pensar en el marido con el que quizá se reúna tras tantos años, en la vida que ahora parece que pasó como un suspiro pero que en realidad fue lenta y, a veces, agónica. En los hijos que

quedan de este lado. El mayor, perdido sin remedio y que ya no podrá contar con su apoyo cada vez que naufrague en los lodazales de la vida. La mediana, a quien nunca dijo que no le permitiera a ese hombre que le pusiera la mano encima, que hiciera lo que fuera con tal de protegerse a sí misma. Porque, si no te cuidas tú, nadie lo hará por ti. El pequeño, ante el que no fue capaz de reconocer lo orgullosa que está de él. Si la vida fuera una película, quizá sería eso lo que Josefa lamentase más. Pero lo único que le da tiempo a sentir es cómo el agua sucia se le mete en nariz y boca, penetra hasta los pulmones y al mismo tiempo la golpea contra el mueble del salón, que se derrumba con las enciclopedias por fascículos, la vajilla del ajuar que usó en las pocas ocasiones que encontró dignas de ese mínimo festejo, los jarrones con flores secas regaladas en cada Día de la Madre de muchos años atrás, las fotografías que reflejan el crecimiento de los hijos y el declive de una misma. Y, así, recuerdos de toda la vida caen sobre ella sin necesidad de que su cerebro los recorra en esos últimos segundos. Y la sepultan.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Planeta* es la tercera entrega de Susana Martín Gijón con la inspectora Camino Vargas como protagonista. ¿Cómo ha evolucionado Camino desde *Progenie*?
2. Los temas tratados por la autora han ido cambiando, pero siempre moviéndose en el abanico de lo ético y social. ¿Cuál de los tres os ha tocado más de cerca? ¿Por qué?
3. La preocupación por el medio ambiente no deja fuera a las novelas criminales, ¿creéis que vivimos un momento de verdadero peligro, al margen del ambiental, criminal asociado a los desafíos del clima?
4. Uno de los protagonistas de la serie y de esta última entrega viene de un entorno muy desfavorecido. ¿Es posible llegar lejos o incluso ser policía viniendo de un ambiente de desprecio a la ley? ¿Se pueden seguir manteniendo relaciones con los orígenes en tal caso?
5. Camino se encuentra de nuevo en la encrucijada que la caracteriza: su vida privada y sus obligaciones laborales. ¿Creéis que ese conflicto nos concierne a todos en la sociedad? ¿Acaba afectando negativamente a su vida su excesivo sentido del deber?
6. En la novela una zona muy conocida de Sevilla es afectada por un desastre natural, un río se sale del cauce e inunda las calles provocando muertos. ¿Creéis posible un escenario parecido donde vivís? ¿Qué creéis que pasaría en vuestra ciudad si ocurriera?

7. La primera víctima que abre *Planeta* es una funcionaria que firmó unos papeles criminales contra el medio ambiente. ¿Pensáis que la burocracia y la política se están poniendo del lado del planeta o en su contra? ¿O las instituciones no están haciendo lo suficiente?
8. Uno de los chicos que participan en la supuesta organización criminal es un chico de familia adinerada. ¿Creéis que el ambiente es una preocupación que se queda en las clases más pudientes? ¿Son las personas jóvenes, incluso con su ingenuidad, el verdadero motor del cambio que hace falta para salvar nuestro planeta?
9. ¿Cuál de las tres entregas de la serie Camino Vargas os ha resultado más impactante? ¿Por qué?
10. ¿Cuál creéis que es finalmente el verdadero crimen? ¿El que se comente en la novela o el que se lleva cometiendo a diario contra el ambiente? ¿Hay una doble lectura en la novela que nos permita dudar?

LA AUTORA



© José Manuel Romero

SUSANA MARTÍN GIJÓN (Sevilla, 1981) es autora de la serie policiaca *Más que cuerpos*, compuesta hasta la fecha por dos trilogías. Su novela *Expediente Medellín* fue ganadora del Premio Cubelles Noir 2018 a la mejor novela publicada en castellano. Gracias a la obra *Náufragos* fue finalista de varios premios. Licenciada en Derecho y especializada en Cooperación Internacional, fue directora general del Instituto de la Juventud de Extremadura y presidenta del Comité contra el Racismo, la Xenofobia

y la Intolerancia, así como presidenta de la Asociación de Escritores de Extremadura. En 2021 fue galardonada con el premio Avuelapluma de las Letras. Con *Progenie* (2020), novela finalista de los premios Valencia Negra y Paco Camarasa y que actualmente está siendo adaptada al formato televisivo, Alfaguara Negra dio inicio a la publicación de su obra, que continuó cosechando éxitos con *Especie* (2021) y que sigue la saga de Camino Vargas con esta nueva entrega, *Planeta*.

DECLARACIONES DE LA AUTORA

SOBRE ESCRITURA Y OBRAS ANTERIORES

«En 2013 se publicó mi primer libro. Fue tan solo un par de años antes cuando me decidí a dejar de escribir “para mí” y montar una novela con la idea de que otros también pudieran leerla, y con un poco de suerte, también disfrutarla. No tengo un autor fetiche, y aunque soy lectora voraz en todos los géneros, reconozco que lo que más leo es novela de ficción criminal. Cuando era niña disfrutaba muchísimo de la lectura. Mi madre nos inculcó a mis hermanos y a mí esa pasión, y no había semana en la que no fuéramos a la biblioteca a soltar los libros ya leídos y elegir unos nuevos. Al principio solo escribía para mí, como una necesidad de llevar mis ideas más allá de mi cabeza, a través del papel. Pero llegó un momento en que el siguiente paso resultó natural. Tengo algún manuscrito que verá la luz cuando le llegue su momento.

En 2013 aparece *Más que cuerpos*, surge de la necesidad de denuncia social de ciertos temas que me preocupaban y que había visto de cerca, como la violencia de género en parejas jóvenes o la trata de mujeres, y también del deseo de situar

mi región, Extremadura, en el mapa del noir. *Más que cuerpos* es una novela coral, en la que los temas sociales ocupan un espacio muy importante, y, por supuesto, con una trama policiaca. Annika Kaunda, la policía que tratará de resolver los casos, es una mujer de origen namibio afincada en Mérida y con mucho idealismo y ganas de luchar contra las injusticias.

Desde la eternidad aparece en 2014. Las tres novelas de la primera saga de Annika tienen su epicentro en Mérida, pero es cierto que en *Desde la eternidad* la capital extremeña cobra aún más protagonismo, puesto que el pasado romano de la ciudad juega un papel crucial en los crímenes que se están cometiendo. Annika Kaunda, la protagonista, procede de Namibia. Allí nació y creció hasta los siete años de edad, cuando a causa de la guerra de independencia y otras circunstancias que se irán desvelando a lo largo de la saga, tuvo que huir de su país. De ahí el nombre, namibio como ella.

Vino y pólvora es la tercera entrega. El título representa las dos tramas con más peso en la novela: la del mundo del vino, que ocurre en Extremadura y comienza con el asesinato de un afamado empresario bodeguero, y la de la pólvora, con

la que volamos hasta Italia para adentrarnos en el mundo de la mafia napolitana, la Camorra, que tendrá mucho que ver con el pasado de Bruno, otro de los protagonistas de la saga.

Creo que ambientar las novelas negras en el lugar de procedencia del autor enriquece el género; el hecho de que cada uno ambienta sus tramas en los espacios que mejor conoce permite que otros a su vez los conozcan. Además, no es lo mismo situar la acción en grandes ciudades que en el medio rural o en ciudades de provincia. Todo funciona de forma diferente.

Escribo novela negra porque la novela negra engancha, y no solo a los lectores. El hecho de exigirte crear un juego con el lector que solo puede descubrirse al final es un reto intelectual muy entretenido.

Con la novela *Expediente Medellín* gané el Premio Cubelles Noir 2018 a la mejor novela publicada en castellano, he ganado bastantes premios en relato, y en novela he quedado finalista en un par de ellos, el Felipe Trigo y La Trama, de Ediciones B.

La literatura para mí es un refugio, un aprendizaje, una pasión y una forma de estar en el mundo.

Ver mi primera novela publicada fue algo mágico, como también lo es recibir los comentarios de los lectores. Conversar con el alumnado de centros en los que se han leído algunas de mis novelas y que me digan que les han transformado, que les han hecho preguntarse cosas y querer saber más sobre el mundo que les rodea. Eso no lo cambio por nada. ¿Lo menos bueno del mundo literario? No sé, puede que las incertidumbres con las que vive

un escritor casi siempre. Si será capaz de estar a la altura con la nueva novela, si se la publicarán, si el público la recibirá bien..., pero va en el pack. Hay que hacerse cargo también de esa parte».

«Creo que ser escritora es algo que no se decide, sino que está dentro de una misma, en mi caso, desde que tengo memoria. Quizá la decisión estriba en dar el paso de mostrarlo fuera. Esto ocurrió hace unos años, en un periodo en que pude dedicarme más a fondo a mi pasión y completar un manuscrito que acabaría por ser el origen de la saga *Más que cuerpos*.

Me apasiona la novela de ficción criminal, policíaca, creo que se encuadra dentro del género negro en cuanto al carácter de radiografía de los males de la sociedad actual y vehículo de denuncia. También me interesa mucho la novela histórica como género. El trabajo de documentación puede llegar a ser tan fascinante como la parte creativa.

En mis novelas hay grandes partes de mí, y a su vez en mí hay parte de ellas. Me ayudan a crecer. Aprendo mucho con el trabajo de investigación que hay detrás de cada una, y, sobre todo, con el feedback que los lectores me devuelven. Me encanta escuchar sus reflexiones, saber que han disfrutado con ellas, y considerar cada una de las críticas. Siempre que puedo me relaciono con mis lectores a través de las redes sociales. Creo en las redes como elemento de participación social, y les dedico una parte considerable de mi tiempo. Que además me permitan interactuar con lectores de mis novelas me parece una oportunidad extraordinaria.

No tengo escritor o escritora favorita. Hay libros que me conquistan de un autor, pero el siguiente no tiene necesariamente por qué llenarme. Me gusta combinar la lectura de escritores consolidados con la posibilidad de descubrir joyas de editoriales pequeñas o noveles estrenándose».

SOBRE PROGENIE, SEVILLA Y LA MATERNIDAD

«Han pasado ya siete años de la publicación de mi primera novela en 2013. Han cambiado muchísimas cosas. *Más que cuerpos* fue mi primera obra que tuvo su éxito y que todavía se sigue leyendo, además de la primera parte de una trilogía, pero siento que con cada uno de los libros que he ido publicando he crecido como escritora. Si una es perfeccionista y trabajadora, tiene que aspirar a mejorar cada día, algo que se ha ido viendo en las siguientes que escribí hasta llegar a *Progenie*, que es mi novela más madura y en la que noto que me gusta. Lo que no ha cambiado mucho desde entonces es la elección de la forma y el fondo de mis novelas: el género negro, una mujer policía como protagonista, la crítica social... La crítica social está presente en todas mis novelas y elijo un tema en el que pongo el foco, para lo cual me sirvo del género negro, de intriga o policíaco porque es en el que más cómoda me encuentro. Además, creo que esta forma de escribir es un reto, tanto para el escritor como para el lector, trazando un camino y dibujando las pistas, como si de un juego

se tratara, pero sin desvelar nada, hasta el desenlace final inesperado y la sorpresa. Esto es algo que yo buscaba cuando comencé a leer este género».

«Cuando me preguntan si creo que está más que superado el cliché del hombre de vida intensa como protagonista de la novela negra o policíaca, contesto que la presencia de la mujer en las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad es minoritaria aún, y ya no digamos en los altos mandos, pero poco a poco se van dando pasos y la realidad va cambiando. Por eso, los autores del género negro, desde la ficción, tenemos la responsabilidad moral de ir muchas veces por delante para que esta situación cambie. De hecho, cada vez hay más protagonistas femeninas en este tipo de novelas y ahora hay un “boom”, algo muy diferente a cuando yo empecé a leer y escribir, ya que hace unos años tan sólo se podía encontrar ejemplos contados, como el de Alicia Giménez Bartlett y su personaje de Petra Delicado.

Yo, siendo muy pequeña, leí a Agatha Christie, ya que era la autora favorita de mi abuela y yo también me enganché. Ahora mismo no recuerdo muy bien esas lecturas, pero supongo que el poso que dejó en mí hizo que yo eligiera este camino. Otros escritores y libros que leyeron mis padres también me marcaron, pero en la actualidad la literatura de Pierre Lemaitre, con su estilo y sus giros inesperados llenos de suspense, me deja con el corazón en la boca, así como la obra de Fred Vargas o de Alicia Giménez Bartlett.»

«En *Progenie* la protagonista, Camino Vargas, tiene que investigar una serie de asesinatos en Sevilla con la maternidad como trasfondo. La maternidad es la decisión más importante de la vida de una mujer, o al menos una de ellas, y le va a afectar en un sentido u otro si se convierte en madre o no. Pero, a mí lo que me interesaba era hablar de la presión social que hay alrededor de este tema y también los diferentes modelos de madres que hay actualmente en la sociedad, algo en lo que tiene que ver los tratamientos de reproducción asistida. Sobre este asunto hay muchos tabús y esto es lo que yo reflejo en mi novela porque estaban rondando en mi cabeza, siempre desde diferentes puntos de vista para que el lector tome partido. Coronavirus aparte, creo que la novela negra goza de muy buena salud, ya que hay muchos y nuevos lectores que se están animando a leer gracias a este género. Esto es algo que enriquece y que se puede ver en el cada vez mayor número de certámenes, editoriales que apuestan por ello y clubes de lectura sobre este tipo de literatura por toda la geografía española.

Yo siempre elijo para mis novelas un tema social, un tema que me preocupa. Y la maternidad y los diferentes modelos de familia es un tema que me interesa y donde aún hay muchos tabús. Hay mujeres de una determinada franja de edad que quizá están ante el dilema de ser madres o no, y que sufren una fuerte presión social para que lo sean. Por eso decidí ambientar *Progenie* en las clínicas de reproducción asistida y en ese mundo oculto que ni siquiera las propias

mujeres sabemos lo que conlleva hasta que nos toca.

El concepto de maternidad que en el fondo nos siguen imbuyendo de manera casi unidireccional es que una mujer no está completa si no es madre. Sigue imperando una visión idealizada de la maternidad, aunque sepamos que no es tan rosa y maravillosa como nos cuentan. Ahora mismo hay muchísimas mujeres que se han dedicado a su carrera profesional, a encontrar una pareja con la que más o menos se entiendan y que tenga un modelo de vida compatible con el suyo, y entre tanto pasa el tiempo. Y, a partir de los 30, su familia, sus amigas y la sociedad en general les empiezan a presionar, a veces sin querer y a veces en plan de broma, con que para cuándo el niño, con que se están perdiendo lo mejor de la vida. Es una constante. Incluso los desconocidos se permiten esos comentarios. Queda todavía mucho por hacer para que las mujeres tengamos más fácil tomar una decisión que en teoría es libre pero que en la realidad está muy condicionada. La gente dice que una mujer puede ser completa, aunque no tenga hijos. Lo dicen, pero lo que subyace es otra cosa. La prueba es que la esterilidad es un tema tabú, algo que se oculta, de lo que no se habla. Una mujer estéril generalmente no dice que lo es. Y los hombres tampoco, porque aún hay miedo a que se asocie a una falta de virilidad. Recurrir a las técnicas de reproducción asistida también se considera en muchos casos una vergüenza, un fracaso porque uno ha tenido que echar mano de ellas porque no ha sido capaz de tener hijos por sus propios medios.

En *Progenie* hay un personaje, Micaela, que quiere quedarse embarazada y no lo consigue. Y no soporta ver a una mujer embarazada, dice que las odia, porque han conseguido lo que ella no logra. Sí, la maternidad se puede convertir en una obsesión. Hay mujeres que a causa de esa obsesión convierten el sexo, que es algo espontáneo y placentero, en algo medido, algo que tiene que hacerse tal día y a tal hora porque es cuando están ovulando y se dan las condiciones precisas, mujeres que después de mantener relaciones sexuales se pasan media hora con las piernas en alto porque creen que eso aumenta sus posibilidades de quedarse embarazadas... Y todo eso a los hombres también les hace sufrir mucho.

Pero también las mujeres que deciden voluntariamente no ser madres cada vez son más. Ahí está por ejemplo Camino Vargas, la policía al frente del Grupo de Homicidios que protagoniza el libro: tiene 44 años y nunca se ha planteado tener hijos, no le interesan... Camino es un modelo de no-maternidad que se está imponiendo y que hasta ahora no existía. Cada vez hay más mujeres que no tienen hijos porque no les da la gana. Ese tipo de mujer existe cada vez más y yo quería mostrarlo en mi libro. Lo que pasa es que muchas de esas mujeres están ocultas, aun son pocas las que se atreven a decir en voz alta que no tienen hijos porque no quieren. Quizá en Madrid o en las grandes ciudades haya más. Yo vivo en Mérida, una ciudad que no pasará de los 60.000 habitantes y que por mucho que sea la capital extremeña al final es muy pueblo. Y allí, y mucho más en las zonas rurales, sigue siendo inconcebible

que una mujer no quiera tener hijos. En Madrid te lo puedes permitir con más naturalidad».

«Yo nací en Sevilla, pero me he criado en Extremadura. Mis otras novelas transcurren en Extremadura porque yo quería visibilizar la región en la que me crié y colocarla en el mapa. Y con *Progenie* quería cambiar de escenario. Sevilla me parece una ciudad que no está nada explotada, por lo menos en el género de la novela negra. Hay muchísimas novelas situadas en Madrid y en Barcelona, pero no en Sevilla, con todo lo que tiene Sevilla para ofrecer: es una gran ciudad con dos caras, la de la riqueza y la de la pobreza, turística, con desigualdad de oportunidades, con barrios invisibilizados... En mi libro creo que se ven las diferentes Sevillas, la más glamurosa y turística, y también la pobreza, la desigualdad, de barrios como Las Letanías. Retratar esa Sevilla da mucho juego».

«Camino no se podría hacer las reflexiones que se hace si fuese un hombre. Cada vez hay más mujeres protagonistas en la novela negra, y que se equilibre la balanza es bueno. En otras sagas también tengo mujeres protagonistas en su día parecía algo muy valiente. La oficial Anika Kaunda, presente en varias de mis novelas anteriores. Ella es de origen namibio y entonces me decían: “Uy, mujer y encima africana, qué locura”. Bueno, pues ahora hay muchísimas mujeres protagonistas y se ve como algo normal. En ese sentido, también estos temas que se tratan en la novela tienen que tratarse con naturalidad y sin tabúes”. El entorno

es otro factor clave en *Progenie*, una Sevilla en plena ola de calor, con un equipo policial que tienen que hacer frente, además de a un asesino, a la falta de medios para llevar a cabo su trabajo.

Camino es un personaje entrañable, en el sentido de que va a su bola, es una comilona y no le importa nada guardar la línea, tampoco le importan los condicionamientos sociales en ese sentido. Ella misma dice que “no va a medir las calorías de una cachuela”. Es desmañada, un poco bruta, pero encantadora. Otra curiosidad son sus mascotas: por ese caparazón que la cubre, no tiene muchos amigos. Ese entorno afectivo tan reducido hizo que su hermano le regalara una granja de hormigas, “porque no eres capaz de hacerte cargo ni de un gato”, le dijo. Con su sistema de jerarquías, que ella lleva tan mal en la vida real, las hormigas le hacen equilibrar su

visión del mundo. Yo pensé que los gatos y los perros ya estaban muy vistos en la novela negra, y en cambio ahora hay mucha gente que encarga su terrario completo y lo instala en casa”.

Como no podía ser de otro modo, la protagonista encarna algunas de las transformaciones que está viviendo la sociedad española. La literatura es mi herramienta no para transformar la sociedad, que tal vez sería demasiado, pero sí para poner mi granito de arena y visibilizar las injusticias. Hablo de violencia de género, de la trata de seres humanos, de la crisis... Por ejemplo, en *Progenie* abordo la violencia psicológica, hasta qué punto puede transformar y hundir a una persona. Camino es muy feminista en este sentido, asegura que no soporta “determinadas machotadas” en el ambiente de la comisaría, tan masculinizado».

Declaraciones extraídas de las siguientes entrevistas realizadas a la autora:

Reader Soldier (5 de octubre, 2018), Kiko Brian Albadalejo

Mis Libros Preferidos (agosto, 2014)

Reeditor (3 de abril, 2017)

ABC (7 de mayo, 2020)

El Mundo (19 de enero, 2020) Olmo Calvo

Librotea (El País)

Eldiario.es (3 de febrero, 2020), Alejandro Luque

